

AA.VV. *El lector decadente*. Selección y prefacios de Jaime Rosal y Jacobo Siruela. Girona: Atalanta, 2017, 584 páginas. ISBN 978-84-947297-1-3



Aquellos lectores interesados en el decadentismo y otros curiosos que deseen convertirse en lectores decadentes pueden sentirse felices ante esta antología que reúne textos conocidos, desconocidos o completamente ignorados en España, de escritores franceses e ingleses en la órbita de un movimiento literario cuyo nombre ya es de por sí un problema y por ello mismo un acicate. Como tantos otros términos de aproximación a un periodo histórico, el adjetivo decadente tiene su origen en una determinada revolución de la sensibilidad: la cumplida en Europa en las dos últimas décadas del siglo XIX y que alcanzó a los comienzos del XX. En este periodo se reinterpreta el viejo concepto de decadencia –síntoma de la crisis de la concepción positivista del mundo- con sus consecuentes implicaciones en ciertos ámbitos de la modernidad cultural, como la imaginación literaria y artística, que primero se ilustraron con el adjetivo y el nombre decadente, y que más tarde culminaría en la noción de decadentismo. Por ello, por literatura decadente o decadentista hay que entender la que desde 1880 se polariza en torno a un nuevo concepto de decadencia y que se adscribe al *Weltanschauung* finisecular.

Estamos ante una visión del mundo, irónica, escéptica y desencantada ante la modernidad, que arremete contra sus mitos y fracasos (el progreso, la fealdad burguesa e industrial, el realismo, el racionalismo y el positivismo, el justo medio y lo natural) al tiempo que celebra sus triunfos (el poder de lo artificial, la química, la moda, los placeres de la ciudad) y hace de sus partidarios escritores a la vez modernos y antimodernos. Precisamente esta visión es la que ofrecen los textos e imágenes de esta cuidada edición en la estela de compilaciones como la de A. Hustvedt, *The Decadent Reader: Fiction, Fantasy, and Perversion from fin-de-siècle France* (New York, Zone Books, 1998) o la de C. Iglesias, *Antología del Decadentismo. Perversión, Neurastenia y Anarquía en Francia 1880-1900* (Buenos Aires, Caja Negra, 2007).

Pero a diferencia de las antologías citadas, centradas en esferas temáticas y en la literatura francesa propiamente finisecular, el tomo apuesta por autores de dos países y por una



cronología que se abre en 1862 y se cierra en 1918. El peligro de que el volumen adquiriera el aspecto de una miscelánea se ve superado por el afán de mostrar una nueva sensibilidad artística y existencial y un cierto espíritu de época compartido por los escritores seleccionados, quienes sin abandonar los instrumentos del realismo abren una brecha en el taller literario del siglo XIX y buscan en él a sus maestros y afinidades personales.

Por esta razón la recopilación se abre oportunamente con Ch. Baudelaire, el artista faro de los decadentes, y con una muestra de los *Pequeños poemas en prosa* dedicados a las virtudes y miserias del hachís. Tema que se continúa con las visiones fantásticas de *El club de los hachisininos* de Th. Gautier. No podía faltar otro devorador del tiempo, un maestro que creó escuela sin saberlo: Lautréamont (Isidore Ducasse) y *Los cantos de Maldoror*, páginas sombrías, llenas de veneno en las que la conciencia del mal, la perversión y una sed insaciable de infinito inspiró a muchos autores. Así motivos como el asesinato u otros actos que constituyen un desafío a la moralidad burguesa tendrán como ejemplo “La felicidad en el crimen”, novela corta de una obra ineludible como *Las diabólicas* de J. Barbey D’Aureville. Pero también de un escritor poco conocido en España como J. Richepin de cuyo libro *Les Morts Bizarres* se han elegido “La húmeda paja de la mazmorra” y “Un emperador”.

El influjo de E. A. Poe, el aire de sepulcro, lo anormal, lo raro, la violencia y el sadismo que campea en esta literatura nos lleva hasta “El convidado de las últimas fiestas” de los *Cuentos crueles* de Villiers de L’Isle-Adam. Otros motivos clave como la defensa del artificio frente a la naturaleza y los ejercicios estéticos de la sensibilidad y de la fantasía tienen su exponente en los dos capítulos escogidos de *A contrapelo*, la novela-biblia del decadentismo, en los que J. K. Huysmans nos envuelve en la atmósfera sugestiva de una decoración ingeniosa donde al lenguaje deslumbrante de las piedras preciosas con su tortuga dorada le sucede el sabor musical de los licores del “órgano de boca”.

Y junto a ello no podían faltar las perversiones sexuales: la zoofilia de “El lebrél” de *Le thé chez Miranda* de Jean Moréas, el erotismo sáfico de las “Elegías en Mitilene” de *Las canciones de Bilitis* de P. Louÿs o los refinamientos de la crueldad con dos capítulos de *El Jardín de los Suplicios* de O. Mirbeau en los que la naturaleza, como el olor del thalictro a semen, se hace cómplice del sexo y se nos ofrece un manual de torturas.

Asimismo, está presente una figura que dio mucho prestigio a los raros: el M. Schwob de *Vidas imaginarias*, con la selección de “Lucrecio, poeta”, donde la vida singular y repleta de elementos visionarios, de amor y de muerte, se convierte en la gran obra del autor. Otros coleccionistas de odios con páginas mordaces y un lúdico humor negro, como el Léon Bloy de *Cuentos descorteses*, tienen cabida en el volumen con “La religión del señor Pleur”, que no es otra que la del dinero. Pero también se nos da cuenta de la nueva manera de ver, como la de la gracia desvaída de las cosas en las que el S. Mallarmé de *Divagaciones* nos deleita con poemas en prosa como “El fenómeno futuro”, “Temblor invernal” y “Un espectáculo interrumpido”, en un discurrir entre el poema y el ensayo. Pone punto final a esta selección francesa “Los agujeros de la máscara” de *Cuentos de un bebedor de éter* de J. Lorrain, donde se retoma el tema de las drogas con que se ha abierto el volumen para ahora envolvernos en otras alucinaciones.

En cuanto a la parte dedicada a Inglaterra, despuntan las figuras insoslayables de O. Wilde y de A. Beardsley. Del primero sobresale su defensa del esteticismo y de la autonomía del arte proclamada en el “Prefacio” a *El retrato de Dorian Gray*, la erotización de lo sagrado y la fascinación del mal con su tragedia simbolista *Salomé* así como la agudeza de sus *Aforismos y filosofías de utilidad para los jóvenes* en una traducción más completa que la que vertió Julio Gómez de la Serna. Del segundo, además de poder deleitarnos en su conocida faceta de dibujante e ilustrador de la que queda constancia en las imágenes que se incluyen a lo largo de la antología, se recupera *La historia de Venus y Tanhäuser*, una narración de desenfadado erotismo que también por su prosa recamada viene a ser una prolongación escrita de su esteticismo figurativo y epatante. A su lado hallamos la presencia de otro maestro de la ironía: M. Beerbohm, quien “En defensa de la cosmética” reflexiona con humor sobre el culto a la apariencia y la pasión por la máscara.

Junto a todo ello se ha apostado por rescatar otras rarezas muy acertadas. Por un lado, una colección de cartas de H. V. Lansdown sobre W. Beckford, otro de esos nombres que muy bien pueden colocarse junto al marqués de Sade o Robert de Montesquiou en la galería de espejos donde los decadentistas buscan el reflejo de sus modelos de conducta. La función de los interiores de la mansión de Fonthill, donde el coleccionismo y la decoración hacen soñar al visitante y un cierto horror sobrenatu-





ral, que impregnaba la ficción de *Vathek*, se confunde ahora con la vida y pronostica los esplendores decadentistas de Huysmans. Por otro, un tema tan sugestivo como el ocultismo, muy cultivado por estos escritores, se ilustra con “Viola de amor”, uno de los cuentos románticos de *Estudios sobre la muerte* de E. Stenbock donde se aúnan lo macabro y lo poético mediante una conjunción en la que la piel humana sirve para construir un instrumento que emite una música de poderosa belleza. Y como punto final, otra figura excéntrica: A. Crowley y su “Absenta: La Diosa Verde”, una defensa de los paraísos artificiales con los que poder transformar la prosa de la razón en la poesía del espíritu, lema con el que podría subtitularse esta ambiciosa antología.

Ambiciosa por varias razones. Primero, por el reto de la vasta selección con el que se ha corrido el riesgo inevitable de haber dejado fuera a decadentes clave como P. Verlaine, Th. de Quincey, A. Swinburne o la indispensable Rachilde (M. Vallette-Eymery), una escritora medular con la que se hubiera ensanchado esta nómina de autores masculinos para dar acogida a la lectora decadente por partida doble. Pero también a G. D’Annunzio, si bien plenamente justificado por desplazarse del marco geográfico, y que muy bien podría dar origen a una segunda parte de *El lector decadente*. Segundo, por incluir dos prefacios y notas biográficas de los escritores con los que se trata de contextualizar este complejo movimiento para el lector profano. Y por último, por envolver la lectura con fotografías e ilustraciones de O. Redon, A. Beardsley y F. Rops logrando construir un bello libro-objeto tan apropiado para transmitir las correspondencias entre arte y literatura en consonancia con el espíritu de la época.

Leer con otros ojos es, en suma, el desafío a que nos invita esta antología de autores responsables de protagonizar la difícil transición del siglo XIX hacia las vanguardias del XX. Autores que son piezas clave de esa gran biblioteca decadente europea, un espacio que, sin duda, frecuentaron muchos escritores del llamado modernismo hispánico y cuya dimensión no puede entenderse sin la presencia del decadentismo.

Begoña Sáez Martínez

Escuela Oficial de Idiomas de Castellón (España)

ORCID: 0000-0002-2079-5643